

**LA PROYECCION POLITICA Y SOCIOCULTURAL DE  
LAS DOCTRINAS CONSERVADORAS DURANTE LA EPOCA FORMATIVA DE  
LOS ESTADOS UNIDOS**

**MARZENNA MIODUSZEWSKA**  
*Universidad Complutense de Madrid*

(Abstract)

The formative years of the United States of America constitute the most complex period in its intellectual history. The author analyzes the existence of conservative doctrines and their projection within political, social and cultural life. The new democratic experience in continuous change clashed with the conservative attitudes all throughout the formative period.

.....

Las primeras décadas de la historia de los Estados Unidos independientes constituyen el período más complejo de su historia intelectual.<sup>1</sup> Desde varios puntos de vista se trata de una época contradictoria, llena de corrientes antitéticas, de confusión y hostilidades, época, en suma, de una crisis prolongada. Evidentemente, la larga lucha revolucionaria por la independencia de los Estados Unidos, emprendida en 1776, supuso un profundo cambio en el orden de vida establecido en las colonias británicas. El impacto del fenómeno revolucionario dio lugar a un golpe de timón, tanto en el rumbo de la vida política como en múltiples aspectos de la vida económica y sociocultural.

Por su parte, la evolución de la conciencia nacionalista requirió muchos cambios de actitud hasta que se pudo hablar, finalmente, de la aparición de una tradición común, por encima de los sentimientos e intereses locales o regionales. De todas formas, sería difícil hablar de nacionalismo, en su forma madura y desarrollada, hasta después del Tratado de Gante. Este Tratado de Paz, que puso fin a la guerra de 1812, constituyó un hito en la historia de la joven nación americana, ya que supuso la legitimación de la nueva República. Y aunque, inevitablemente, seguiría dependiendo de la antigua metrópoli en numerosos aspectos culturales, sus intereses políticos quedaban salvaguardados de una manera definitiva. El Viejo Mundo ya no podía imponer su voluntad al Nuevo. Como resultado de la segunda victoria americana sobre

---

1. Marcus Cunliffe: *The Nation Takes Shape, 1789-1837*. The University of Chicago Press, Chicago, 1959, p. 81. También Linda K. Kerber: *Federalists in Dissent: Imagery and Ideology in Jeffersonian America*. Cornell University Press, Ithaca, 1970, p. VIII.

Inglaterra, los americanos vislumbraban un futuro prometedor, culminación de los esfuerzos de los Padres Fundadores.

No obstante, muy pronto estas favorables perspectivas se vieron truncadas, y la era de los buenos presagios dio paso a la ansiedad, la preocupación y la inquietud nacional. Como consecuencia, las dos décadas siguientes se caracterizaron por la duda, dispersión y discordia en lugar de la certeza, cohesión y armonía nacional. De hecho, se puede decir que la ansiedad enmarca todo este período. Desafortunadamente, las voces de los que alertaban ante la posible pérdida de los valores de los gloriosos días de la República cayeron en el vacío. Un proceso de rápida desmembración política y social hizo olvidar el espíritu presente en la Guerra de la Independencia. De esta manera, las virtudes republicanas se vieron seriamente amenazadas.

Desde 1815, los americanos se encontraron con ilimitadas posibilidades para el desarrollo de la nación en el sentido físico, intelectual y moral. De la misma manera que la adquisición de los nuevos territorios dio lugar a la expansión de la república, el desarrollo de los nuevos esquemas mentales y modos de percepción abrió un abanico de posibilidades insospechadas en épocas anteriores. En efecto, los límites que se habían respetado durante el siglo XVIII y que se habían visto amenazados pero no depuestos por la Revolución Americana, retrocedían con la llegada del siglo XIX. Las antiguas ataduras y limitaciones establecidas como consecuencia del rango, la jerarquía, la razón o el respeto por el pasado cedían paso a los nuevos tiempos. Esta era la época de la misión milenaria, la fe en el progreso, el trascendentalismo, el romanticismo y la expansión; época, en suma, de perfección, avances tecnológicos y movimientos de reformas; de racionalismo y confianza en la perfectibilidad del hombre. No existían límites ni fronteras en esta decidida marcha hacia la perfección. Pocos se atrevían a poner barreras a las posibilidades de la razón humana. La tendencia generalizada hacia la expansión, progreso, difusión y universalidad se podría considerar como la característica más destacada de esta época y, pronto, se convertiría en su principio vital.

Por su parte, la gran movilidad de la población en América obró como una fuerza centrífuga y perturbadora dentro de la sociedad. Como consecuencia de ello, cierto sentimiento de desasosiego e inestabilidad se apoderó de la vida americana. Los lazos establecidos por la vida comunitaria se abandonaban muy a menudo a causa de las continuas promesas de mejores oportunidades en tierras nuevas. Así, el éxito personal y la expansión nacional habían desplazado cualquier consideración sobre la estabilidad y coherencia del orden social. El cambio era universal y continuo; el riesgo, moneda de todos los días. Como señala Rowland T. Berthoff,<sup>2</sup> el año 1815 marcó un importante cambio en la civilización americana. A partir de este momento, una sociedad agraria, relativamente homogénea, unificada y estable empezó a desmoronarse. Como

---

2. Rowland T. Berthoff: *An Unsettled People: Social Order and Disorder in American History*. Harper and Row, New York, 1971, pp. 201-220. Véase, igualmente, un estudio anterior del mismo autor: "The American Social Order: A Conservative Hypothesis", *American Historical Review*, 65, 1960, pp. 495-514.

consecuencia, los valores y creencias que habían perdurado casi doscientos años, comenzaron a ceder el paso al desasosiego y la inseguridad que caracterizarán la época estudiada.

Sería un error estimar que las actitudes tradicionales y conservadoras desaparecieron durante esta época.

Evidentemente, la transición iniciada en 1776 abrió un largo período de adaptación, sobre todo, en numerosos aspectos culturales, ideológicos y de mentalidad. No se podía, sin más, cambiar de inmediato el "antiguo orden de las cosas". La herencia colonial pesaba demasiado en la nueva sociedad cuya evolución era muy compleja y presentaba, a menudo, líneas de división poco claras entre el espíritu "conservador" y la "nueva experiencia democrática." En este sentido, las esferas de actividad se hallaban poco definidas y en continuo cambio.<sup>3</sup>

A esta situación de lógico arraigo a los valores y creencias que prevalecieron durante la época colonial y que podríamos denominar conservadurismo residual,<sup>4</sup> había que sumar la importante reacción conservadora como resultado de los excesos revolucionarios cometidos en Francia y de la repercusión de los mismos en Europa. Así, desde la última década del siglo XVIII se puede hablar de una poderosa corriente cuya presencia paralizará el desarrollo de la vida intelectual del país.

Con el estallido de la Revolución Francesa, las simpatías de los americanos (aunque divididas) parecían estar generalmente del lado de los revolucionarios,<sup>5</sup> cuyos intentos de derrocar a la tiranía podían considerarse tanto la continuación de los logros americanos como la justificación de los principios expresados en la Declaración de la Independencia.<sup>6</sup> Sin embargo, la aparición de *Reflections on the Revolution in France* de Edmund Burke, en 1790, cambió el enfoque inicial sobre la Revolución. Las opiniones conservadoras encontraban más adeptos cada día con el advenimiento del Terror en Francia. La reacción ante los horrores de la Revolución Francesa concitó todos los temores que podían perturbar la mente de un americano de la época, esto es, las teorías calvinistas sobre la maldad inherente a la naturaleza humana, así como los recuerdos de la violencia popular, tan comunes durante la Revolución Americana y los difíciles años que la siguieron.

Como resultado, se puede apreciar un retroceso en la evolución intelectual de la sociedad americana. A partir de entonces, no se pensará en la raza humana como

---

3. Marcus Cunliffe, 1959, p. 2.

4. Peter Clecak: "Conservative Caveats", en *Crooked Paths*. Harper and Row, New York, 1977, p. 99.

5. Leon Howard: "The Late Eighteenth Century: An Age of Contradictions," en Harry H. Clark (ed.): *Transitions in American Literary History*. Duke University Press, Durham, N.C., 1953, p. 57, recoge la actitud de los americanos durante los comienzos de la Revolución Francesa, basándose en Charles D. Hazen: *Contemporary American Opinion of the French Revolution*. Baltimore, 1897, p. XVI.

6. *Ibid*, p. 58.

grupo de individuos con ciertas características y cualidades inherentes a su condición, sino como masa, turba, multitud o facciones deshumanizadas.

En los albores del nuevo siglo, el temor a la anarquía, así como al ateísmo y radicalismo, se apoderó de la vida intelectual y el pensamiento americano, convirtiéndose, finalmente, en una total desconfianza hacia las ideas nuevas.<sup>7</sup>

Como reacción, la cultura "oficial" trataba de justificarse recuperando los valores establecidos y las "verdades eternas", tachando de peligrosas fantasías innovadoras los escritos de los republicanos.

A modo de conclusión, podría decirse que en el fondo de las declaraciones, críticas y denuncias en contra de las artes, cultura y nuevas ideas, en general, se hallaba el temor conservador a la libertad y el desprecio por los valores liberales de la incipiente sociedad capitalista.<sup>8</sup>

Tampoco podemos ignorar el hecho de que la acusada reacción conservadora de la época formativa surgió en función de los rápidos cambios sociales, económicos y políticos. El análisis del contexto social de la época post-revolucionaria,<sup>9</sup> indica que el antiguo orden colonial fue reemplazado por otro nuevo, desarrollado en base a nuevas circunstancias económicas que dejaron, lógicamente, su impronta en los aspectos de índole sociocultural. Por su parte, las transformaciones sociales de la época dieron lugar a presiones que influyeron en amplias capas de la sociedad. Así pues, la añoranza de los valores tradicionales y la estabilidad perdida, causantes de la inseguridad, preocupación y angustia de la joven república, fueron consecuencia, tanto de la novedad del "experimento político" que tenía lugar en el Nuevo Mundo como de la vertiginosa velocidad de los cambios socioeconómicos. En este sentido, Rowland T. Berthoff señala en su estudio que con el comienzo de la tercera década del siglo XIX, la velocidad de los cambios económicos en América fue tal que se hallaba fuera de control o posibilidad de encauzamiento por parte de la comunidad local o del estado.<sup>10</sup>

Por último, el desarrollo de los valores de la tradición liberal y de la libertad personal, establecidos por la Revolución Americana como estandartes para las generaciones venideras, nos podría llevar a la conclusión de que se trataba de actitudes que prevalecían en aquella época. Y, sin embargo, no fue así; de hecho, la ideología republicana, que dominaba los debates públicos durante los años de la crisis post-revolucionaria, forjó una manera de pensar que se oponía a la corriente de los acontecimientos históricos, por cuanto idealizaba los valores tradicionales en detrimento de los liberales. Ha de destacarse que el ideario republicano se basaba en una constelación de actitudes apropiadas para las pequeñas y autosuficientes aldeas

---

7. *Ibíd.*, p. 63.

8. Joseph J. Ellis: *After the Revolution: Profiles of Early American Culture*. W. W. Norton and Company, Nueva York, 1979, p. 31.

9. Jackson Turner Main: *The Social Structure of Revolutionary America*. Princeton University Press, Princeton, N.J., 1965.

10. Rowland T. Berthoff, 1971, p. 219.

dedicadas a la agricultura, sumergidas en el pasado, donde reinaba el ideal de la armonía comunal; sin embargo, los incentivos económicos, característicos de un sistema más dinámico y liberal, todavía no se habían materializado. De la misma manera, la libertad individual estaba circunscrita a los requerimientos del orden social. El republicanismo idealizaba los valores de un mundo que se estaba desintegrando paulatinamente. Esta ideología nostálgica se sustentaba en supuestos fundamentalmente antitéticos a la mentalidad liberal y a las nuevas condiciones económicas que emergían en América. En efecto, los investigadores sociales suscriben la opinión de que la fuerza y permanencia de los valores tradicionales y actitudes coloniales en relación con los conceptos de trabajo, libertad o prosperidad, encontraron terreno muy bien abonado en el Nuevo Mundo, dadas las circunstancias del nacimiento de los Estados Unidos.<sup>11</sup>

En cierto modo, está claro que las ideas tradicionales, por muy obsoletas y anacrónicas que pudieran parecer a algunos, no se podían desplazar de inmediato; sobre todo, dada la función patriótica que habían desempeñado durante la Guerra de la Independencia. Por otra parte, tampoco los importantes cambios económicos o demográficos podían amenazar la existencia de actitudes y modos de pensar que dominaron la sociedad colonial durante más de un siglo y medio, y bien puede decirse que éstos permanecieron como sustrato en los hábitos y costumbres de la mayoría de la población americana.

Así, pues, en los Estados Unidos de la época que ocupa nuestro estudio, se produjo un fenómeno, quizás, muy frecuente en similares circunstancias; los defensores de las antiguas y verdaderas convicciones intensificaron su compromiso con el tradicional orden de las cosas y actuaron de todas las formas posibles para hacer sus creencias más duraderas.

Por su parte, la compleja configuración de fuerzas económicas, así como de actitudes sociales y políticas, fenómeno que caracterizó a la sociedad americana durante esa época, contribuyó, sin duda, a que este periodo pueda ser denominado como época de transición o formativa.<sup>12</sup>

El debate sobre el papel de la cultura en la nueva nación, constituye una manifestación más del choque entre las actitudes que prevalecían en el entorno y aquéllas novedosas que se iban introduciendo paulatinamente. Resulta fácil, pues, entender la existencia de múltiples paradojas, controversias y antagonismos que, en definitiva, permiten definir la época referida como contradictoria.<sup>13</sup> Quizás, el

---

11. J.G.A. Pocock: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton University Press, Princeton, 1975, p. 467.

12. Clinton Rossiter: *Seedtime of the Republic*. Harcourt, Brace, Nueva York, 1953, pp. 370-375.

13. La complejidad de la época formativa fue objeto de estudio por parte de la autora en "Contradicciones de la época formativa de los Estados Unidos de América." *Revista Complutense de Historia de América*, 17, Edit. Univ. Complutense, Madrid, 1991, pp. 183-194.

fenómeno más específicamente americano de esta época lo constituya, no ya la aparición de determinadas características concretas y permanentes, sino la existencia de una peculiar y continua tensión entre fuerzas contrapuestas.

Por estas razones, no resulta excesivamente difícil comprender las sensaciones de desarraigo, falta de estabilidad y profunda ansiedad que se apoderaron de la sociedad americana de la época. Estos sentimientos produjeron una profunda reacción conservadora que hizo retroceder a la sociedad hacia las sólidas bases de lo conocido y establecido a través del tiempo. Como ocurre casi siempre en épocas de cambios bruscos y de peligro ante lo desconocido, cuando el razonamiento se mueve sobre las arenas movedizas del temor e inseguridad, un sentido de continuidad con las generaciones anteriores puede convertirse en una suerte de cabo salvador por encima del amenazador y pavoroso presente. La creación de una imagen mítica, de un estereotipo heroico de los Padres Fundadores de la patria, así como las reacciones subconscientes orientadas hacia la búsqueda de estabilidad reflejaban una gran ansiedad causada por la desintegración y la pérdida de la comunidad espiritual. Los grandes movimientos migratorios habían roto definitivamente los lazos comunitarios y habían causado pérdidas considerables en lo que podríamos denominar la cohesión social que había caracterizado las épocas anteriores. Sin embargo, ahora, lo que podían observar, por lo general, los viajeros europeos, poco tenía que ver con visión burkeana de la sociedad ideal, donde la sabiduría y la educación se transmitían en una ordenada secuencia de padres a hijos. Tocqueville, por ejemplo, pudo constatar que en la mayoría de los casos, los americanos vieron su destino como forjado por ellos mismos.<sup>14</sup>

Esta impresión, quizás, un tanto superficial, ya que se apoyaba en notables dosis de individualismo y en una desmesurada fe en el progreso, se oponía a la visión global que ofrecía la generación post-heroica, alejada, cada vez más, de la continuidad de principios comunitarios que inspiraron los escritos de Burke y, posteriormente, los de John Adams.<sup>15</sup>

Realmente, cambios de orientación tan bruscos y dramáticos como éstos resultan desestabilizadores en cualquier momento de la historia de un país; no obstante, los comienzos de una sociedad constituyen un momento crucial en su historia, con un enorme poder de evocar una respuesta emocional mayor que en otras ocasiones.

En estas circunstancias se encontraba la generación "post-heroica," cuyas vidas transcurrían paralelamente a los comienzos de la nueva nación. Sus conciencias estaban continuamente agobiadas por el hecho que presenciaban: su nación, con un desarrollo y prosperidad sin precedentes en la historia de la humanidad, se iba, no obstante, deslizándose hacia el desorden social y la fragmentación política, alejándose

---

14. Alexis de Tocqueville: *Democracy in America*. A.A. Knopf, New York, 1945, II, p. 99.

15. Jeffrey Rubin-Dorsky: *Adrift in the Old World*. The University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 5.

inexorablemente de la armonía, unión y cooperación comunitaria, poniendo en serio peligro las virtudes republicanas.

Así, su tarea consistía en preservar la herencia de los Padres intacta y transmitirla a la generación siguiente. La continua evocación de los Padres Fundadores durante los años veinte del siglo XIX se traducía en las constantes referencias a su legado, esto es, la Unión, la "casa común" que construyeron los héroes para asegurar los ideales republicanos. Esta imagen rememoró sentimientos y emociones más propias de la imaginería y vocabulario relativos a las virtudes del hogar. Así, por ejemplo, el amor a la patria estaba ligado con los valores conservadores de hogar, seguridad, propiedad y orden. De manera que justo en la época en que la expansión geográfica y económica del país comenzaron a desintegrar la estabilidad doméstica y a situar el centro de actividades relevantes en un entorno urbano y comercial, en vez de rural y agrícola, la metáfora de la "casa común" transportaba la mente a un mundo más tradicional, propio del siglo anterior, donde existía la comunidad con un sistema coherente de valores y sentido de cooperación, y donde no se daban la competición económica y el conflicto social.

Durante los años de la época formativa, las opiniones provenientes del ala conservadora repetían incesantemente que la única manera de evitar la ruptura de la unión nacional y continuar con el virtuoso camino republicano consistía en mantener la identidad nacional, conservando inmutables los principios fundamentales de la República. Tan sólo esta postura podría asegurar la integridad nacional y la continuidad de las instituciones ya establecidas. Con la paulatina desaparición de la generación de los Padres, esto es, del eslabón que les unía con el pasado, la generación post-heroica quedó desamparada, suspendida en el vacío. Esto significó la pérdida de identidad, esperanzas y, con especial significado para esta generación, pérdida de la añorada "casa común." La época dorada se había desvanecido con graves consecuencias para la conciencia nacional. Y aunque la "retórica oficial" preconizara con alarde la ruptura total de la sociedad americana con el pasado y con sus valores, sin embargo, no consiguió borrar la memoria de los Padres ni disminuir la interna necesidad de establecer lazos de unión con los ancestros.

Así, paradójicamente, en un país con todas las miras y esperanzas puestas en el futuro, el pasado se había apoderado totalmente de la mentalidad colectiva. Por ello, podríamos añadir un apelativo más a la complejidad de la época: su naturaleza retrospectiva.

Por esta razón, la imagen bien conocida en aquella época era la de un viajero americano en búsqueda de los valores tradicionales del Viejo Continente, valores que escaseaban en el Nuevo Mundo envuelto, por aquel entonces, en la difícil tarea de compatibilizar la herencia colonial con las realidades y exigencias cotidianas que planteaba la reconstrucción de la nueva nación.

No cabe duda de que la búsqueda de raíces, historia y pasado proporcionaba cierto sentido de seguridad. Asimismo, el apremio por mantener los lazos de unión con el mundo de los ancestros reflejaba una necesidad emocional específicamente americana.

Así pues, se podría constatar que la afinidad de los americanos con la cultura e imágenes de la sociedad europea era un hecho en aquella época. El interés americano por Europa y, sobre todo, por Inglaterra, se vio estimulado a través del movimiento romántico.<sup>16</sup>

De esta manera, Inglaterra se convirtió, finalmente, en un símbolo útil para los americanos, ya que su sistema conservador de valores mantenía su encanto antitético para el Nuevo Mundo. Esta visión del pasado europeo, presentada a través de un prisma de imaginación romántica, se convirtió en una profunda necesidad para los inmigrantes europeos que estaban construyendo una nueva nación. Éstos querían volver a abrazar (aunque fuera tan sólo en su imaginación), la tierra y el tipo de vida que habían dejado atrás. A la larga, esta visión de Europa, en tanto que encarnación del pasado, resultó de gran utilidad, ya que limó las tensiones de la nueva república y, hasta cierto punto, apagó la sed de valores ajenos a la nueva mitología nacional, sin necesidad de invalidarla completamente.

De todas formas, la generación post-revolucionaria respondió al fenómeno europeo de una manera mucho más compleja. Por una parte, a través del proceso de poetización del Viejo Continente, los americanos querían enfatizar las esenciales diferencias entre los dos mundos, de manera que la altamente sofisticada cultura europea no fuera ni hostil ni amenazadora para su razón de ser. Al mirar atrás, a sus orígenes europeos y al legado revolucionario de los Padres, esta generación buscó la determinación de lo que una vez fueron, para asegurar su lugar en la historia y, además, ver dónde podrían llegar en el futuro. Al mismo tiempo y de una manera más profunda, el pasado europeo, e, irónicamente, aquellos ajenos valores aristocráticos inherentes a él que habían sobrevivido a través de siglos, llegaron a ser para esta generación de los americanos, una imagen de equilibrio y estabilidad. Por ello, aquella civilización anatemizada, tanto en el sentido moral como en el político, ahora, casi 50 años más tarde, ofrecía una imagen de orden social. Europa, pero, sobre todo, Inglaterra, representaba la prueba de que una manera de vivir había perdurado y que una sociedad con todas sus creencias podía permanecer intacta a pesar de la inevitable destrucción ocasionada por el paso del tiempo.

El conservadurismo, contrariamente a los demás modos de conocimiento, defiende la tradición, las costumbres, los hábitos, las instituciones, el prejuicio y la autoridad heredada. Todos estos factores se consideran absolutamente indispensables para mantener una sociedad estable y ordenada. Así, por ejemplo, desde el punto de vista de Burke y otros conservadores de la época como Joseph de Maistre y Savigny, la verdadera historia de un pueblo no se expresa de una manera lineal y cronológica, sino

---

16. Cushing Strout: *The American Image of the Old World*. Harper and Row, New York, 1963, p. 76; también Larzer Ziff, *Literary Democracy; The Declaration of Cultural Independence in America*. The Viking Press, New York, 1981, p. XIII.



a través de la persistencia de sus estructuras sociales, comunidades, hábitos y prejuicios transmitidos cuidadosamente de una generación a otra.<sup>17</sup>

El pensamiento conservador dedica gran parte de su teoría a la sociedad y, en particular, a la idea de continuidad y asociación entre las generaciones. En este sentido, Edmund Burke aportó una de sus afirmaciones más conocidas que, con el tiempo, se convertiría en el fundamento del orden indispensable para el funcionamiento de una sociedad. Burke definía la sociedad como un contrato resultante de la interconexión entre las generaciones sucesivas. Por ello, el eslabón formado por la generación contemporánea unía a los antepasados con los que iban a nacer.<sup>18</sup>

Por consiguiente, se podría constatar que la estabilidad y el orden de la sociedad inglesa derivan de la dedicación total a la preservación de aquellos elementos que, para todos los miembros que la componen, poseen unos valores indiscutibles, así como las relaciones morales establecidas y validadas por el tiempo.

Como se puede observar, las relaciones comunitarias y el sentido de lealtad local están fundadas, en última instancia, en los lazos familiares. En este sentido, el conservadurismo considera a la familia como la unidad social más relevante y subraya el significado de los valores familiares tradicionales. En relación a ello, se hace obligada la referencia a la vida de hogar.

De la misma manera, no menos importante resulta la referencia al concepto conservador de la propiedad y el valor primordial que se le concede para la existencia de la familia. La doctrina conservadora considera la propiedad como un legado del pasado, como el poder en el presente y, finalmente, como la confianza para el futuro.<sup>19</sup> Por ello, el terrateniente, desde hace tiempos remotos, tenía unas responsabilidades y obligaciones no tan sólo para con su familia sino, igualmente, con la comunidad circundante.

Durante el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, el elitismo aristocrático constituyó uno de los fundamentos de la teoría conservadora al sostener que la conservación de los rasgos básicos del orden social y jerárquico depende de la existencia de un liderazgo fuerte y sabio por parte de la élite dirigente. De hecho, se consideraba que tan sólo la aristocracia hereditaria constituía una opción válida para dirigir los destinos de una nación. Su posición, preparación y virtudes se consideraban especialmente aptas para desempeñar esas funciones. Especial atención merecía el liderazgo político asumido por la aristocracia terrateniente, ya que su modo de vida, básicamente tradicional, aseguraba la permanencia de los valores indispensables para el buen ordenamiento de la sociedad.

---

17. Robert Nisbet: *Conservatism: Dream and Reality*. Open University Press, Milton Keynes, 1986, pp. 23-24.

18. Edmund Burke: *Reflections on the Revolution in France*. Henry Regnery, Chicago, 1955, pp. 139-140.

19. Clinton Rossiter: *Conservatism in America*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982, p. 39.

En este sentido, los escritos de Crèvecoeur o, más tarde, Ralph Waldo Emerson sirvieron para ponderar las virtudes demostradas por la aristocracia terrateniente en el control de la estabilidad social.

Sin embargo, el proceso de paulatina desintegración de la aristocracia rural, como efecto de la Revolución Industrial, introdujo una alteración profunda en la relación entre las clases sociales. Hay que añadir que, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, el debilitamiento de la aristocracia terrateniente y su gradual sustitución por otras élites dirigentes que emergieron de las actividades mercantiles y de la incipiente industrialización, privó a los conservadores de líderes capaces de salvaguardar la estabilidad y el orden social. Además, en los Estados Unidos, la veneración conservadora a la élite aristocrática se convirtió en una implantación un tanto artificial, ya que el conservadurismo americano careció de trasfondo feudal. No obstante, en los Estados Unidos se defendió esta concepción elitista durante los primeros gobiernos federalistas de George Washington y, más adelante, de John Adams. Cabe añadir que este convencimiento no se extinguió hasta la completa desaparición del Partido Federalista, el más cercano al ideario conservador y, más tarde, considerado como el único partido americano verdaderamente conservador.

Así, pues, hubo que esperar medio siglo después de la Declaración de la Independencia para que se asimilara la creencia que el hombre de a pie y no la aristocracia debería gobernar los destinos de los Estados Unidos.

Esta reflexión nos obliga a considerar otro aspecto del proceso social, esto es, el reformismo conservador.

Así, en el centro de la tradición conservadora podemos hallar los postulados referentes a la revolución, reformismo y el cambio social. La oposición a la revolución, como estrategia para mejorar la humanidad, constituye uno de los fundamentos del pensamiento conservador. Para el "temperamento conservador", el riesgo de un revolución representa un coste demasiado alto para la sociedad, tanto por el desgaste de vidas humanas como por el impacto que causa en los juicios morales y políticos. En circunstancias revolucionarias, la moderación y la prudencia, tan importantes en el proceder conservador, son valores marginados, ya que el pueblo se ve obligado a elegir entre extremos morales y políticos. La aversión temperamental al riesgo que implica una revolución y la desconfianza conservadora hacia este tipo de estrategia hace poner el mayor énfasis en el caos creado por la revolución, en la violencia, la crueldad y el desorden moral causado por la pérdida de tradiciones morales comunes que hacían posible la pacífica asociación entre los individuos.

En efecto, al desechar los bruscos cambios revolucionarios, los conservadores se ven obligados a suministrar una alternativa, dado que no pueden impedir los cambios sociales. De acuerdo con estos postulados, el cambio, adecuadamente dirigido, es un instrumento de renovación para una más eficaz conservación de la sociedad. La misión conservadora consiste en pulir el viejo orden de las cosas para llegar a un cambio

profundo, lento y natural.<sup>20</sup> El reformismo conservador subraya la continuidad y, a veces, incluso, la disposición para mantener las cosas tal cual son. En este sentido, las instituciones defectuosas se deberían reformar, cediendo a las presiones del cambio, antes de ser abolidas. El cambio es compatible con la continuidad.

Por estas razones, el reformismo conservador no busca cambios fundamentales en la estructura social. Por el contrario, de una manera gradual y pacífica, pretende dirigirse hacia el control de las fuerzas del cambio, de manera que se puedan conservar las mejores aportaciones del pasado, fundiéndolas en una unidad orgánica con los nuevos elementos de la sociedad en cambio continuo.

Por lo tanto, cabe señalar que la postura de Edmund Burke no fue igualmente condenatoria en caso de las dos revoluciones que acontecieron en 1776 y 1789 en ambos lados del Atlántico. La Revolución Americana conservó las tradicionales y ya bien establecidas libertades de los ingleses. Por ello, quizás, Burke justificó los cambios cautelosos y las reformas poco radicales introducidas por los Padres Fundadores.

Hasta ahora hemos apuntado varios aspectos del conservadurismo visto como fenómeno social, político y cultural, en tanto reflejo del conservadurismo profundo e instintivo de la naturaleza humana *per se*, así como de la educación y sensibilidad características de la época federalista que nos ocupa.

Así, pues, se puede constatar que el federalismo significó mucho más que un sistema político y económico para la vida del país. La naturaleza tradicional de las dominantes actitudes sociales y arquetipos culturales reflejaba claramente el respeto y la inclinación hacia los valores y usos conservadores.

Finalmente, cabe hablar de la hipótesis sobre el conservadurismo cultural como importante fuerza formativa durante la primera media centuria del país. Dicha hipótesis firmada por varios estudiosos de la doctrina conservadora, tales como Clinton Rossiter, George F. Will y Allen Guttman,<sup>21</sup> sostiene que durante su larga historia, la tradición conservadora en los Estados Unidos a menudo había estado en manos de hombres de letras antes que en las de políticos.

---

20. Hugh Cecil: *Conservatism*, Sine data, London, 1912, pp. 9-10.

21. Clinton Rossiter, 1982, p. 31 y George F. Will en el Prefacio a la obra citada, 1982, p. 9. También Allen Guttman: *The Conservative Tradition in America*. Oxford University Press, New York, 1967, p. 11.